

[ E N T R A S E ]  
LETRAS

SEIS BOCADOS DE REALIDAD -MONÓLOGOS-  
PRÓLOGO DE RODRIGO RODRÍGUEZ





[ <sup>E</sup> <sup>N</sup> <sup>T</sup> <sup>R</sup> <sup>E</sup> ]  
LETTERS

- 8 -

CONTENIDO // // //

Prólogo

Monólogos a las finas

hierbas / 4

*Rodrigo Rodríguez*

Caneca de concreto / 13

*Liliana Montaña Domínguez*

Tierra negra / 29

*Nilson Fernández Galindo*

Julio César / 39

*César Luis Morales Figueroa*

Declaración / 55

*Carlos García Ruiz*

Amor de peluche / 65

*Javier Riveros Diago*

Tras la ventana / 77

*J. Fernando Ospina Sánchez*



Monólogos a las finas  
hierbas /

*Rodrigo Rodríguez*

El monólogo teatral es un extraordinario y exigente desafío escénico desde la escritura y de la puesta en escena, pues el riesgo de caer en problemas, sobre todo de ritmo, es muy latente. Las decisiones técnicas de autor(a), son variadas y desafiantes: su dirección discursiva, la persona gramatical del enunciado, la fluidez del discurso, los cambios temáticos, el uso o no de otras voces, el movimiento entre lo

>

narrativo y el drama, la modalidad elegida... Todas estas son variables hiperbólicas y sensibles para el espectador porque a la hora de la puesta en escena, los actos significantes logran amplificarse: el foco está puesto sobre el intérprete.

Resulta muy pertinente la publicación de un libro como este en un período agitado por todo lo que ha implicado la pandemia para las artes. Por otra parte, el monólogo es un tipo de posgrado para un intérprete, es un ideal de crecimiento profesional; no cualquiera logra asumir con éxito la traducción de dramaturgia al hecho teatral, tanto como sostenerlo en términos de temporadas, giras o festivales. El monólogo es en sí mismo una escuela.

Por otro lado, el actor o actriz tiene que lidiar con el mito del público que considera al monólogo como una interpretación donde no pasa nada y todo es aburrido; esa creencia la vence el oficio, la polifonía, la metáfora, la creación de imágenes, el ritmo, el tratamiento temático, entre muchos otros aspectos. Cuando hablamos de bocados, más allá de un trozo de alimento, prefiero la acepción reseñada en el diccionario de la RAE: “tener particular cuenta con sus acciones”. Un bocado, para nuestro caso, se enmarcaría en la filigrana de creación y valor de acciones de todo tipo, y como dramaturgia, es acción, acción por efecto de una historia deconstruida o no, pero que ocurre en el cerebro del espectador por acciones de la imaginación y concentración de un intérprete.

El primer bocado de realidad, de la autora Liliana Montaña, lleva por título “Caneca de concreto”. Dina, una niña de 8 años, personaje policronológico, denuncia cómo el doloroso recuerdo de una violación le arruinaría la vida. Su compañero, un cerdito, es sacrificado como analogía de

la niñez que se rompe por distintos tipos de violencia, y eso pesa, pesa como llevar una caneca de concreto. “Caneca-ataúd”, caneca-casa del dolor, es un grito por la pérdida, un duelo manifiesto por el peso del pasado nefasto de miles de víctimas de agresión sexual.

El segundo es “Tierra negra”, de Nilson Fernández, quien trabaja la narración en primera persona como técnica y la tierra del campo como metáfora de vida. Una niñez feliz en el campo y la visita de un grupo armado que pisa esa tierra fecunda. La familia queda en la mitad del fuego cruzado de presencias en guerra que reclaman poder territorial. El dolor del desplazamiento de una comunidad para proteger a sus hijos, la llegada a la ciudad que destruye a la familia y la voz del joven que busca alguna oportunidad y se convierte probablemente en falso-positivo. Desde el más allá, él desea volver a la tierra de su niñez y clama por el reconocimiento de su propio cadáver. Relato necesario de la realidad colombiana.

El tercer bocado se titula “Julio César”, de César Morales, quien a través de un encuentro audiovisual/*online*, nos presenta el duelo-homenaje de un joven ante las cenizas de su abuelo recientemente fallecido, viejo guía que amaba con el alma. En la llamada descubrimos el duro conflicto con su familia, pues no comparte con ellos la decisión de desconectar al abuelo de la maquinaria hospitalaria que, a su juicio, mantenía la esperanza de vida de ese ser que fue para él más padre que su propio padre. Hay aquí la apertura a la reflexión sobre la paternidad, tema pertinente en estos tiempos.

El cuarto es “Declaración”, de Carlos García Ruiz. Allí un hombre, mediante juegos de palabras, ocurrencias y giros, trata de declarar ante un fiscal un incidente

en el que hubo unos “muerticos”. Es una simpática y divertida declaración judicial en la que se configura la antideclaración, pues el personaje, con evasivas y referencias fuera de lugar se construye a sí mismo. Aquí el poder de la palabra genera estructura: pasa de sus vivencias a ejemplos y saltos geográficos, giros temáticos que generan ritmo. Hay un cuento inmerso dentro del punto de vista del relato, narrativa dentro de la dramática y posee un toque verbal del deje, del habla peninsular en la que el personaje impone su esencia.

“Amor de peluche” es el quinto bocado, de Javier Riveros Diago. Un hombre de 35 años pone al espectador como confidente. A través de una parábasis permanente narra la infidelidad que corrobora la hipótesis inicial: “en casi todas las historias de amor suele haber un amante”. El inestable personaje utiliza osos de peluche como analogía de su expareja para expresar su descarga emocional, pues vive un compulsivo despecho, y no por eso el personaje pierde gracia; hay una convención entre comedia y farsa para explorar los tiempos o momentos de una relación de pareja.

El sexto y último bocado es “Tras la ventana”, de Fernando Ospina Sánchez. Aquí una ventana es una especie de panóptico del mundo de Pedro. Si utilizamos el recurso técnico de este texto, la inferencia dramática, nos imaginamos a un solterón fracasado, chismoso, deudor moroso que atiende el llamado de un grito atroz en su vecindario. Quiere enterarse, ayudar, participar, pero analiza las consecuencias y se queda en el soliloquio. Todo ocurre en el límite barrial, donde la sensación de inseguridad está en el aire, el miedo de este perdedor y la conjetura en la palabra son el lazo invisible que lo arrastrarán a su

caída. En realidad, Pedro es un cobarde que no asume, que no enfrenta y probablemente sucumba en la paradoja de tenerle miedo al miedo, pero hasta el hueco de su soledad irá a cobrarle la renta.

Así pues, amigos lectores, docentes, directores, actores en formación y artistas escénicos en general, tienen en estos *seis bocados de realidad*, un menú balanceado para una velada teatral de diversos gustos y sabores.

Rodrigo Rodríguez  
Dramaturgo colombiano  
Bogotá, noviembre 25 de 2021



Seis bocados de realidad  
–Monólogos–

Ilustraciones  
Pilar Berrio

*[www.pilarberrio.com](http://www.pilarberrio.com)*





# CANECA DE CONCRETO

# Liliana Montaña Domínguez

Magíster en Teatro y Artes Vivas, Universidad Nacional de Colombia. Dieciocho años de experiencia ininterrumpida como actriz-creadora. Ha participado en más de veinte montajes teatrales, con cerca de 1000 funciones. Ha desarrollado varios textos para teatro, de los cuales, dos han sido publicados: “Enanos de jardín” (2015), Clínica de dramaturgia de Bogotá, y “¿La última bala?” (2016), Colección *Entre Letras*. Premio de Dramaturgia Femenina del Idartes (2020). Dentro del proyecto “Cicatrizar”, en conjunto con la Factoria L'explose y el Nuevo Teatro Fronterizo de España, escribió "El día que se hizo noche" (2020), que se leerá dentro de la franja de radioteatro del Teatro Estudio Julio Mario Santo Domingo, 2021. Será parte del encuentro Women Playwrights International (wpi), que tendrá lugar en Vancouver, 2022.





## Escena única.

*Aparece Joaquín, un marranito bebé con una cabuya amarrada al cuello. Atraviesa el espacio y sale juguetón.*

*De lejos se oye la voz de Dina, una niña de ocho años que insistentemente repite el nombre de su marranito, como buscándolo.*

Voz de Dina: Joaquín...  
Joaquín... Joaquín...



*Silencio largo.*

*Oscuridad.*

20/  
21

*Aparece Dina, que aunque es una mujer de veinticinco años, parece mayor, es una sombra envejecida en un cuartucho muy sucio y oscuro. Está cubierta con unos trapos y trata desesperadamente de esconder cualquier centímetro de piel que esté a la vista. En un lado de la habitación hay una caneca que parece muy pesada.*

Dina: Me toma fuertemente por la cintura. Me besa. No entiendo. Araño. Me escupe. Me golpea en la cara. Me tumba. Veo borroso. Quiero correr. Me acaricia. —¿Te gusta? Araño. Me golpea. Me acaricia. Me golpea. Me golpea. Me golpea. Se levanta. Lloro. Abre la puerta. Los llama. Entran. Seis más. Todos se bajan los pantalones, menos uno, el más elegante. —¿Te gusta? No quiero mirar. No digo nada. Lloro. Se ríen. Me abren las piernas. Araño. —Una niña brava, como la mamá—. Risas. —Le toca al comandante—. Gritos. Silencio. Traen a mi madre amarrada. —Para que vea—. —Pa' que cante, perra—. Lloramos. Me pegan con un arma. El elegante se baja los pantalones, pero se deja la corbata. No quiero mirarlo. Miro a mi mamá. Lloramos. El elegante me huele. No le quito la mirada a mi mamá. —¡Duro con la niña! Me aplasta con su peso, me quita el aire. Mi mamá grita. Yo quiero gemir. Me duele... mucho. Lloro. Me escupe. Algo se ahoga en mi garganta. Me apago, me apago, me apago, para siempre. No recuerdo más, ¿o sí?, ¡No quiero recordar más!...

*Oscuridad.*

*Aparece ahora la imagen de Dina, como una radiante niña de ocho años, que muy contenta pasea su marranito con una cabuya.*

*Dina, la mujer sombra de veinticinco, habla de Dina, la niña, mientras contempla su imagen.*

Ella es Dina. Ella es yo. Yo soy ahora. Soy lo que fui.  
Lo que queda de ella. De mí.

La niña que jugaba... Fueron siete, como los enanitos del cuento que su madre le leía. La niña ya no puede mirar a los ojos. Ella ya no tiene ojos. A ella la limpiaron. Le untaron aceite. Le borraron las huellas. Le dolió. Salió sangre. Era virgen. No entendía. Ella lloró. La borraron.

*Oscuridad.*

*Vuelve la luz.*

No quiero recordar más.

Llevaron a mi madre.

-¡Para que vea!

Gritos.

-Pa' que cante, perra-

Gritos

Gritos. Gritos...

Mi voz sale ahora.

Como de una caneca de concreto.

Soy el silencio pavimentado.

Me duele...

No supe más de mi madre.

No me pude despedir de ella.

*Oscuridad.*

*El chillido de un marrano sacrificado retumba en el espacio.*

*Vuelve la luz.*

A todo marrano le llega su nochebuena. Gritos.

—¿Quién la manda a juntarse con cerdos, perra? —  
Risas. —¡Pero es una niña!

Algo se ahoga en mi garganta. Me apago, me apago,  
me apago para siempre... No quiero recordar más...

*Oscuridad.*

*Nuevamente aparece la imagen de Dina, la radiante  
niña de ocho años que pasea su marranito con una cabuya. Dina*

*sombra, de veinticinco años, la ve, mientras sigue cubriendo su piel con trapos.*

Ella es Dina. Lo que queda de ella. El párrafo siete del cuento. Ella es yo... La manzana estaba envenenada. A esta caneca-ataúd no llegan los príncipes. Ella es Dina... La niña que fui. La niña sin miedo de mostrar su piel. La que pudo usar sus faldas cortas. La que tomaba el sol debajo del árbol...

La quemaron... El corazón se estalló...

Ya no siente nada.

Nadie la oye.

Nadie la ve.

¿O sí?

*Oscuridad.*

*Silencio largo.*

*Vuelve la luz y ha pasado el tiempo.*

*Dina sombra, ahora de 40 años, está completamente cubierta con trapos, mira la imagen de Dina, la niña, tratando de no verla.*

Ella es mis pedazos. La niña envejecida que durante años se ha sacudido desde una caneca de concreto. La

hundieron. La escondieron. –Entera no cabe–. –Hay que amputarladesbaratarlarecortarla mutilarla–. –Aunque chiquita, está grande–. Una mano. Una pierna. Unos dedos. La trenza del pelo...

*Pausa.*

No quiero recordar más...

El recuerdo me duele en este cuerpo sin cuerpo..

*Oscuridad.*

*Silencio largo.*

*Vuelve la luz y ha pasado el tiempo.*

*Dina sombra ahora tiene sesenta y cinco años. Se quita los trapos con desesperante lentitud.*

Mucha sombra oscura apaga la mirada... la mirada que no tiene ojos.. mucha oscuridad... mucho tiempo... Soy el silencio pavimentado.

¡Necesito descansar! ¡No quiero recordar más!

*A alguien del público.*

¿Sabe hace cuánto tiempo grito sin ser escuchada?... sola en el infernal recuerdo... hundida en este espacio... rodeada de concreto... caneca-ataúd. Eternamente en el

pasado... ahogada en el tiempo... nadie me oye... pasan por el frente... no me ven, no me notan, no me intuyen.

*Pausa.*

No me sienten.

*Sonríe.*

*A otra persona del público.*

¿Me oye?, ¿me ve?

*Se unta labial por lo que se puede ver de su cara.*

Ya no hay piel ni pedazos... me convirtieron en partes... me retiraron de la vida... me dejaron incompleta, una mano, un pie, un dedo, unos labios... Llevaron a mi madre... -Pa' que cante, perra-...

*Se oyen golpes que provienen de la caneca.*

Voy, voy...

*Pausa. Silencio.*

*Dina rápidamente empieza a limpiarse con un pañito húmedo el labial que se untó. Luego, continúa quitándose los trapos que cubren su piel.*

Tan fácil me retiraron de la vida y yo no he podido retirarme de la muerte.

*Al público.*

¿Podría tocarme?

¿Quiere sentir lo que queda de mí?

¿Quiere taparme?

¿Puede mirarme mientras exhibo mis traslúcidas carnes?

¿Tengo ojos?

¿Percibe mi sombra?

¿Mi frío?

*Pausa.*

Tenía ocho añitos, ¿puede creer?

Se oyen golpes que provienen de la caneca.

¡Ocho añitos!

*Al público:*

Quiere quererme un poquito, por favoooooor,  
¿puede oír este último aliento de mi voz que no suena  
hace cincuenta y siete años?... este aliento que quiere ser  
reconocido y escuchado, completado, juntado, que no quiere  
ser solo un pedazo de carne más, escondido en una caneca  
de concreto...

*Golpes fuertes desde la caneca.*

*Silencio largo. Pausa. Ella empieza a escuchar una voz que le parece familiar. Es quizás su propia voz, pero algo deformada. Retumba en el espacio como si viniera de otra parte*

Voz en *off*: ¿Estás viva?, ¿estás viva?

*Dina se toca lentamente.*

Dina: ¿A esto se le puede llamar vida?

Voz en *off*: ¿Hay alguien ahí?

Dina: Hay nadie aquí... nadie...

El pasado me queda grande... me abrumba... me sobrepasa... cómo se encuentra el fin cuando ya se está en él... dónde está el descanso cuando nos han hecho pedazos... quiero saltar, necesito mis piernas, no quiero recordar más... quiero silencio...

*Silencio largo.*

*Apagón.*

*Vuelve la luz y el cuartucho de Dina ahora está vacío. Totalmente vacío.*

*Solo permanece en un rincón, la caneca de concreto. Se oyen golpes y llamados incesantes que provienen de la caneca.*

*La voz de Dina surge quizás también de allí.*

Voz de Dina:

Ella es yo.

La niña sombra envejecida en el tiempo arañado y  
destajado.

La memoria detenida.

La historia se borró para ellos.

Nunca para mí.

Me apisonaron.

Me comprimieron.

Comienzo.

¿Fin?

*Silencio.*

Comienzo:

¿Yo sola?, ¿o cuántas más?

Dinas sombras.

Dinas niñas...

*Pausa.*

Nos enterraron en el silencio espeso.

Pero hoy se rompe el pavimento...

¿Pueden oírnos?

¿Pueden oír nuestros gritos?

¿Pueden recordarnos?

¿Pueden despertar?

*Pausa.*

Hablo desde mis pedazos estrujados en una caneca rellena de concreto. Soy un ruido. Un frío inexplicable. Un dolor colectivo. Una nostalgia indescriptible. Un hormigueo en las manos. Un vacío en el estómago... Soy la mano etérea que sostiene la cabuya de Joaquín, mi marranito... Soy el terror de mi madre, que veía cómo me forzaban los siete enanos perversos. Sus lágrimas, mis lágrimas, tus lágrimas, ¡cuántas lágrimas! Un solo, mismo, útero desgarrado...

Me duele el miedo.

Me desconcierta el silencio.

Me duelen los innumerables gritos sin sonido.

Me duele no poder tomar el sol.

Me duele esta piel que ya no tengo. Esta piel ahogada en cemento. Esta piel que cruje por sus heridas. Esta piel que beso sin labios, para romper eternamente el hechizo del olvido.

Esta piel que ya nunca más voy a tapar... ¡nunca más!

*La caneca de concreto cae al piso y se rompe en pedazos. Se oyen los chillidos de un marranito sacrificado.*

A todas las niñas violentadas, silenciadas, maltratadas, usadas, desaparecidas y asesinadas en este país, que aún permanece en silencio...



TIERRA NEGRA

---

# Nilson Fernández Galindo

Maestro en Artes Escénicas con énfasis en actuación; dramaturgo y director de actores para cine y montajes escénicos; actor en técnica clásica, pantomima y *clown*. Sus principales campos son la pedagogía artística teatral, la danza contemporánea y la técnica de la creación colectiva. Docente de actores y escritores en la Universidad El Bosque y otras universidades en Bogotá.





Desde niño, conocí el olor y el sonido de la tierra cuando era cavada. Mis padres, mis hermanos y yo habíamos trabajado en ella durante tanto tiempo que era imposible no conocer su forma de hablar, de oler, de sentirse entre los dedos, así que lo que escuchaba caer sobre mí no era otra cosa que tierra negra, que olía a vida, que olía campo. Había corrido tanto, había tratado de escapar tanto, que ya estaba cansado, y el abrazo de

>

la tierra sobre mi cuerpo solo me entregaba a la realidad de lo que estaba viviendo, pero, a la vez, me llevaba lejos a aquellos años maravillosos en los que solamente pensaba en jugar y correr. Nunca me preocupó qué me esperaba en la vida, todos me decían: “piense, piense dónde va a estar en cinco años y trabaje este tiempo para llegar allá”. Fácil decirlo, fácil pronosticarlo, pero cuando se ha nacido en una familia de campo, la realidad no es tan fácil.

Comenzaron a llegar muy temprano en la mañana; mi papá con su espalda jorobada y sus manos hinchadas se dedicaba a criar gallinas y a sembrar papa. Los recibió en silencio, con mucho gusto, nunca los miro a los ojos, yo los vi desde lejos y ese verde oliva me pareció maravilloso. Llegaron preguntando quiénes éramos y por qué estábamos ahí... algo muy raro por que mis abuelos habían trabajado esa tierra por muchos años y era lo único que le habían dejado a mi papá. Yo estaba maravillado con las grandes mochilas y las armas que cargaban, los veía como gigantes; mi papá no se asustó, nadie tuvo miedo, me acuerdo muy bien que esa primera vez, incluso mi mamá les dio jugo. Dijeron que venían a protegernos, que iban a imponer la ley, que no iban a permitir que nadie se atreviera a hacernos daño. Yo no sé por qué mi papá se preocupaba; para mí era lo mejor que había pasado, nunca en mi vida había visto personas grandes que nos vinieran ayudar y a proteger.

Luego vinieron los otros, también de verde oliva, también con grandes armas y también a protegernos. Ellos se llevaron más, mi mamá les dio jugo, tomaron una gallina y se llevaron un marrano que mi mamá estaba engordando; nadie dijo nada, simplemente se lo llevaron, yo no entendía la preocupación de mi papá, había muchas personas de verde que querían ayudarnos, protegernos. No sé por qué,

hasta entonces habíamos estado bien, pero si nos querían proteger era porque se acercaba algo bien malo.

El problema comenzó cuando se encontraron, yo pensé que eran los mismos, no se diferenciaban en nada, la verdad, pero ese día la realidad golpeó nuestra puerta como si nosotros hubiéramos tenido la culpa de todo lo que sucedía en esa tierra, como si esa tierra estuviera maldita, como si esa tierra negra de olor dulce no fuera de nosotros. El lejano traqueteo nos despertó, pensé que eran las fiestas del pueblo, que la pólvora había empezado y que todos teníamos que ir hasta allí a celebrar. Mi papá llegó corriendo, le dijo a mi mamá que empacara todo, que no se detuviera, que nos tomara y que no miráramos hacia atrás, y así fue, no miramos hacia atrás, ni nosotros ni la demás gente que salió en fila de la vereda.

En el pueblo me encontré con muchos conocidos, jugábamos en el patio de la escuela y dormimos en los salones. Qué risa, no podía ir a estudiar, pero sí iba a dormir allá, realmente fue la única vez que estuve en una escuela.

Los traqueteos sonaron alrededor del pueblo durante dos semanas, nadie quería salir... nos mantuvieron con agua de panela y pan, y eso porque el padre se esforzó en recolectar panela en todo el pueblo. Una vez que otra podíamos almorzar bien, en una olla comunal: en la mitad del patio echaban todo lo que recogían: plátano, papas, legumbres, todo lo que se podía comer, "sancocho" decía mi mamá, pero yo no le sentía sabor a sancocho. ¿Y los de verde oliva?, los que dijeron que nos venían a proteger nunca aparecieron, nunca se presentaron, ¡estábamos solos!, pero fueron días felices, podíamos correr por el patio de la escuela, por los salones, con mis amigos nos olvidamos del resto del mundo. Y la tierra que tanto amábamos se

convirtió en asfalto desgastado de una cancha de fútbol, las rodillas siempre peladas... ya no olía a tierra negra, la noche olía a gente, a mucha gente durmiendo en un mismo salón. Un día mi papá no aguanto más, dijo: nos vamos, es imposible que la familia que está en la ciudad no nos ayude.

Aquí en la ciudad la cosa fue distinta: los amigos, la esquina, el barrio, el barro, ya no olía a tierra negra, olía a la basura de las esquinas, a la mierda de los perros. La cucha lavándole la mugre a los de plata, el viejo vendiendo frutas en una carreta, mi hermana embarazada a los catorce años. Siempre me decían: “piense dónde va a estar en cinco años”, ya han pasado dos años y estaba muy lejos de donde quería estar; entonces el cigarrillo, la cerveza, los amigos se hicieron más importantes que el colegio, que la familia.

Nunca pensé que esta ciudad nos iba a comer y a cagar de todas las maneras posibles. Tuve que aprender a limpiar carros, a vender dulces, a cantar para poder llevar unas monedas a mi casa. Mi mamá solamente me veía desde lejos, no me perdía la pista; mi papá se refugió en el alcohol, y en el alcohol puro, barato, el que deshace el hígado lenta y perezosamente. Su piel roja, su nariz hinchada, era lo único que veíamos en la noche cuando venía a reclamar las pocas monedas que encontrábamos en la calle, mi mamá no le decía nada, yo creo que ella comprendía la desolación en la que se había sumergido.

Diecisiete años, cinco años después, llegó la fecha, por supuesto no estaba ni cerca al punto donde me había proyectado. Pudimos encontrar un refugio durante esos años en una lejana pieza en un barrio sin pavimentar, a las afueras de la ciudad. Teníamos que salir del barrio con bolsas en los pies para que no se nos embarraran los zapatos, no había nada que hacer, no podía estudiar, no podía trabajar, no pude hacer nada. Cuando el cuerpo del

cucho apareció sin vida en la calle, nadie lo notó hasta que el olor y las moscas rebelaron que no dormía la borrachera. Dos días estuvo ahí botado.

¡Hay una vacante para recoger café!, pero no le diga a nadie más por que esto se lo ofrezco porque usted se ve despierto y necesitado... Pues fácil, aceptar la invitación; la vida me mostraba otra realidad, irme a trabajar a un pueblo a recoger café, era lo mas cercano a estar donde quería estar, no le dije nada mi mamá porque no quería preocuparla, al revés, quería darle la sorpresa, quería regresar mostrándole que la vida por fin nos había sonreído. Nunca imaginé que la realidad me golpeará la cara, me arrodillará en la noche, me apuntará con un frío fusil y me obligará a cavar mi propia tumba. Fue la tierra negra la única que me sonrió, la que me recibió en sus brazos, la que con su olor me llevo de nuevo a los años maravillosos en la finca de mis padres, pero, al mismo tiempo, me recordó la realidad de la pobreza y la tristeza de estar marcado por ella.

Una, dos, tres paladas sobre mi pecho, sentía la sangre recorriendo poco a poco mis mejillas, mezclándose con la tierra. La realidad de los cinco años llegó, me pegó en la cara mezclándose con el frío plomo. La tierra negra me abrazó, y poco a poco fue llenando mis pulmones. Y ahora estoy aquí, bajo la tierra fría que pesa sobre mi pecho, sobre mis piernas, sobre mi cabeza y que poco a poco deshace mi cuerpo, mis esperanzas y el recuerdo de mi familia, ¿por qué no vienen?, ¿por qué no me buscan?, ¿por qué no me identifican?, ¿quién soy? Cinco años, cinco años bajo la tierra, cinco años en los que me pedían que me proyectara... me convertí en un permiso, en una estrella, en un número, ¿por qué no me sacan de aquí?... Solo espero que alguien venga por mí antes de que me convierta en tierra negra.

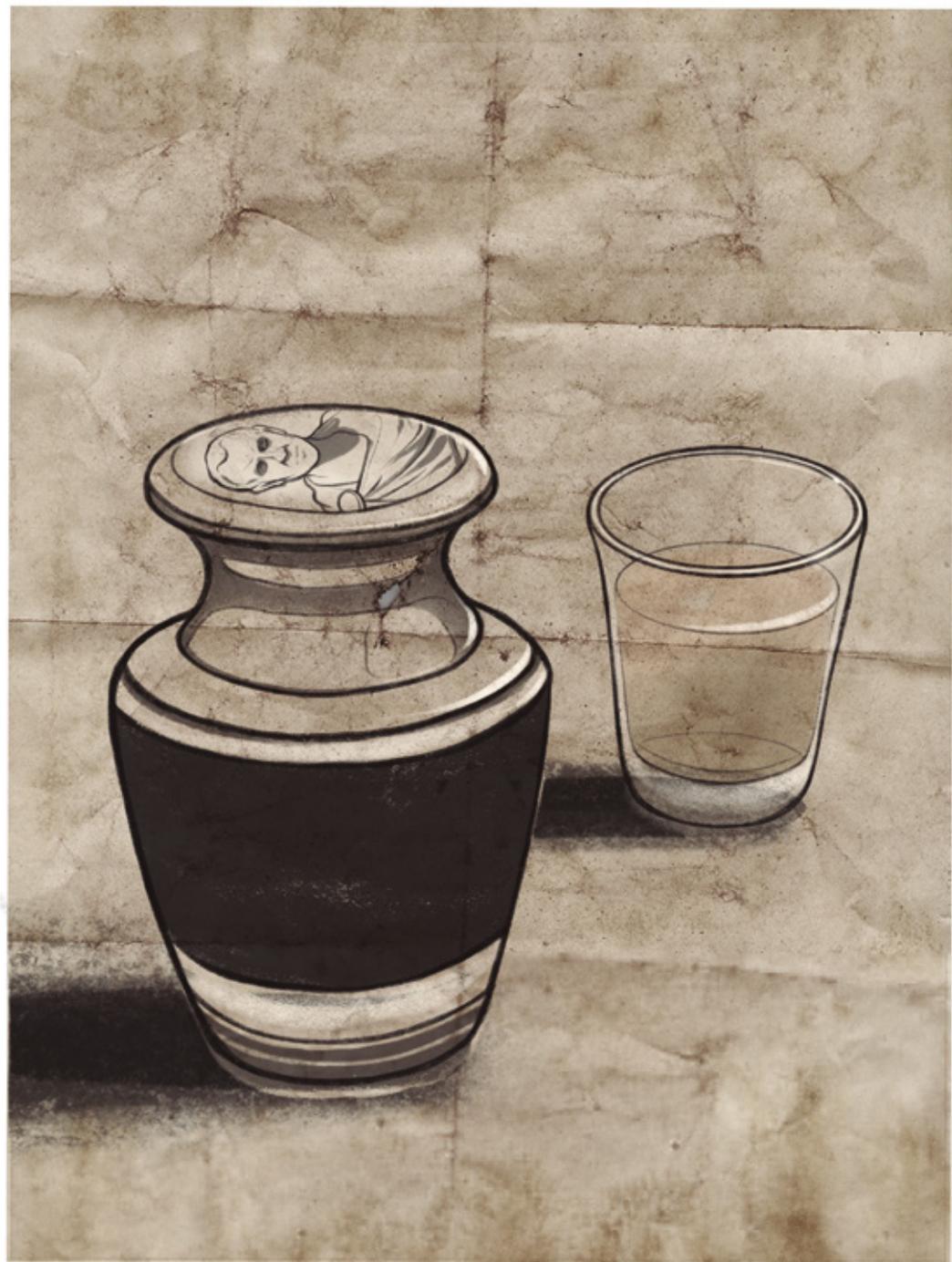




JULIO CÉSAR

# César Luis Morales Figueroa

Magíster en Teatro y Artes Vivas, Universidad Nacional; Maestro de Arte Dramático, Universidad Central-Teatro Libre. Director, dramaturgo y actor de planta de la Compañía Nacional de las Artes (CNA) desde 2010. Actor, director y escritor en el Teatro Libre de Bogotá (2003-2013). Docente de Arte dramático, Universidad Central (2007-2013); docente de Arte dramático con énfasis en Teatro musical, Universidad El Bosque y en la Academia Superior de Artes de Bogotá (ASAB). Director y actor invitado del ID-Studio Theater de NY; actor, director y dramaturgo en más de cuarenta producciones.





El actor que interpreta a César hablará por momentos a la cámara, interpelando con su familia; por momentos, apagará la cámara y mantendrá un diálogo consigo mismo y con los elementos que se encuentran en escena.

*César entra con una urna que contiene las cenizas de su abuelo, la pone con mucho cuidado en la mesa que está junto a la silla. Es como un tesoro que acaba de robar. Sale. Entra de nuevo con dos vasos medio llenos con trago. Pone uno debajo de la mesa, donde está la urna y bebe un sorbo del otro. Se sienta en la silla, mirando fijamente la urna, se voltea, enciende una cámara y espera que haya conexión, alcanzamos a escuchar unas voces antes de que él silencie la comunicación. El joven está visiblemente afectado y habla con dificultad.*



— Perdón, mamá.

Estoy bien.

Estoy bien.

Solo (...)

Quería un momento a solas con él.

— Hola, papá.

¡No grites!

...

Está bien, grita.

Grita.

Igual no te oigo.

Nunca te oigo.

Nunca te oí.

Gritos.

Gritos.

Tus gritos son como los de un cerdo.

Un cerdo cuando está siendo degollado.

Cerdo

C

E

R

D

O

C  
E  
R  
D  
O

*César apaga la cámara, bebe de nuevo, mira fijamente la urna. Trae un viejo zapato de niño; asumimos que es de él cuando era chiquito. Lo pone junto a la Urna, da un par de golpes con sus nudillos en la tapa de la urna.*

¿Estás?

...

Te veo ahí...

Y, sin embargo, no te veo.

No estás.

Ya no eres.

Y sin embargo eres.

Para mí, eres y serás.

Pero para el resto del mundo ya no eres.

Ya no estás.

Y sin embargo estás ahí.

Te veo.

Y sin embargo no te veo.

¡Qué frío!

*Bebe de nuevo. Se levanta, vuelve a encender la cámara y empieza a hablar hacia ella. Bebe otro sorbo antes de empezar a hablar.*

Perdón por esto.  
No tengo mucho más que decir.  
Mis hermanos ya lo dijeron todo.  
Sé que él quería que hablara.  
Pero no sé cómo hacerlo.  
No me preparó para esto.  
No quiero hablarles de la profunda tristeza que me invade.

No.  
Ni del dolor de sentirme huérfano.  
Ni de ese frío gélido que me entra por lo poros y se esconde en mis huesos:

No.  
No les voy a hablar de eso.  
Mejor les hablo de mi padre.  
Y es que mi padre... (*se le quiebra la voz*)

*Bebe.*

Este hombre que está en esta caja.  
Reducido a cenizas.  
Privado de la despedida y de los ritos fúnebres que merece un ser como él por culpa de esta maldita plaga que nos tiene encerrados a todos.

Este César.  
Merecedor de todo honor y toda gloria:  
Fue para mí un padre.  
Julio César.  
Julio (...)  
César (...)  
¿Y mi padre?  
El otro.

Una sombra vaga al lado de este César.  
Un padre hecho para la escena,  
sin más trascendencia que la de un fuego fatuo  
en medio de la nevada.

Y es que, ¿quién podría eclipsar la grandeza de este  
César?

Julio César, el Quijote.  
Julio César, el Mio Cid.  
Julio César, la madre Coraje.  
Julio César, el Rey (Lear...)  
Ese fue mi abuelo y padre.

Entonces, cómo no llorarlo ahora cuando he tenido  
las mejores sonrisas a su lado. Cómo no sentir ese vacío  
eterno de su ausencia cuando he vivido en carne propia la  
compañía de un amor incondicional, puro.

El otro,  
mi padre:  
Ese sigue allá.  
Y me pregunto,  
—y que Dios me perdone si es que hay perdón para lo  
que voy a decir—

pero, por qué no se fue él.  
El otro.  
El que está allá.  
Son dos padres;  
uno inútil,  
inerte como la tierra seca que ni los gusanos habita.  
Y el otro,  
muerto.  
A destiempo.  
Hecho tierra para gusanos.  
Entonces, ¿cómo no sentirme huérfano?

*Apaga la cámara. Pone una canción en su celular y bebe lo que le queda en el vaso. Empieza a cantar enajenado.*

50/  
51

No hay más vida, no hay  
No hay más vida, no hay  
No hay más lluvia, no hay  
No hay más brisa, no hay

No hay más risa, no hay  
No hay más llanto, no hay  
No hay más miedo, no hay  
No hay más canto, no hay

Llévame donde estés, llévame  
Llévame donde estés, llévame  
Cuando alguien se va, él que se queda, sufre más  
Cuando alguien se va, él que se queda, sufre más

No hay más cielo, no hay  
No hay más viento, no hay  
No hay más hielo, no hay  
No hay más fuego, no hay

No hay más vida, no hay  
No hay más vida, no hay...

Llévame donde estés, llévame

*Sale, la canción sigue sonando.*

Llévame donde estés, llévame  
Cuando alguien se va, él que se queda, sufre más

Cuando alguien se va, él que se queda, sufre más...  
sufre más.

*Entra de nuevo con una botella de tequila blanco en la mano. Sirve de nuevo y llena el vaso que esta debajo de la mesa. Le habla a la urna.*

Ya te extrañan.  
Siempre te vamos a extrañar.

...

No respondes.  
Siempre tuviste las respuestas.  
Ahora quién va a responder.

...

...

...

*Bebe otro trago y abre la urna. Se arrodilla frente a ella.*

Tengo miedo.  
Tengo frío.  
Abrázame.

*Coge un poco de cenizas y se las unta en el pecho.*

¿Me oyes?  
¿Por lo menos, me oyes?

¿Qué hay allá?  
Querían venir...  
pero no los dejé.  
No te merecen.  
Pare ellos eres ceniza.  
Pero para mí siempre serás llama

*Vierte un poco del trago del vaso sobre las cenizas y cierra la urna. Reposa su cabeza sobre ella e inicia una confesión con su botella.*

¡Lo amé!  
Como solo un hombre puede amar a otro hombre.  
Como solo un César puede amar a otro César.  
Con el amor de la carne y del alma.  
Con el amor del cuerpo y de la sangre.  
Con el amor de hijo,  
Con el amor de amante.

*Le habla a la urna.*

Y estás ahí.  
En esta caja.  
Hecho polvo.  
Pero no es verdad.  
No estás ahí.

*Dándose golpes en el cuerpo.*

Estás aquí.  
En cada parte de mi cuerpo,  
y seguirás ahí,

hasta el final de los días,  
que será el final de mis días.  
Un César así no debe morir,  
no puede morir.

*Brinda una vez más. Ahora está eufórico, con una  
felicidad extática.*

¿Julio César?  
No estás ahí.  
Tu grandeza no cabe en un cajón.  
¿Debería sorprenderme?  
Es digno de ti.  
Somos iguales.  
Me sorprendería que no lo hubieras hecho.  
Así.  
Sin preguntas.  
Sin respuestas.  
Sin lágrimas.  
Sin golpes de pecho.  
Ese era el trato, ¿no?

*Bebe de nuevo. Empieza a bailar; es una extraña danza  
que evoca el juego entre un infante y un adulto. En el punto  
más vertiginoso del baile, para. Se queda mirando hacia arriba,  
buscando una presencia que no encuentra. Se llena de ira.*

¿Por qué él?  
¿Por qué no yo?  
Dudo que existes...  
Es por eso que todos dudan de ti...  
Te sientas en tu trono sempiterno y juegas con nosotros...

¿Quién te crees que eres?

¿Qué eres?

Tus prédicas son solo palabras...

Granos de arena en medio del desierto.

¿Dónde queda la acción de tu evangelio?

Solo eres una idea creada a partir de las mentiras de otros.

Mentiras sobre mentiras,

esa es tu casa.

Mentiras sobre mentiras,

esa es tu religión.

Solo te sientas ahí,

a esperar el sacrificio de tus hijos.

Esperando tu ofrenda de sangre.

...

Eres rencoroso y vengativo.

*Torpemente, lucha para encender de nuevo la cámara. De nuevo se escuchan algunas voces antes de que sea silenciada.*

— Dije que no iba a hablar y les mentí.

Hay que tener mucho valor para mentir, ¿saben?

Y mucho coraje también.

Mi padre,

Este padre, (*señalando la urna*)

me mintió para que no sufriera por su muerte.

Peros ahora sufro por su ausencia.

*Bebe.*

Los que no quieran oír, se pueden ir.  
Bueno, se pueden desconectar.  
Igual ya estamos todos desconectados, ¿no?  
Ustedes lo desconectaron.  
Yo no quería.  
Pero era más fácil desconectarlo.  
— Dije: No.  
— Ustedes dijeron: Sí.  
Ustedes decidieron sobre su vida.  
Ahora yo decido sobre su muerte.  
— Eso papá, vete.  
Escapa.  
Huye.  
Es lo único que viniste a hacer a este mundo.  
¡Huir!  
Qué triste ser tú.  
Pasar toda la vida huyendo,  
escapando.  
Nunca poder tener la cabeza en alto.  
Nunca poder ver a los ojos a nadie.  
Yo no soy el huérfano,  
tú eres el huérfano,  
estás huérfano de alma.  
Eso, grita.  
Grita.  
Que tus gritos huérfanos nadie los escucha.  
Yo, en cambio, celebro la vida de este hombre.  
Y celebrare la muerte tuya cuando te llegue el  
momento.  
— Perdón, mamá.  
— Perdón, hermanitos.

Tenía que decirlo.  
Teníamos que decirlo...  
A la urna.  
César Luis, Julio César,  
nuestras vidas,  
unidas,  
marcas por el sino de nuestros nombres.  
Él pidió mis palabras y aquí están:  
César deja a César.  
Julio deja a Luis.  
Luis va a extrañar a Julio.  
César va a estar con César.  
Y, sin embargo, César nunca será César.  
Te amo, Julio.  
Y sé que amas a Luis.

*Hace un juego con los nombres y los acentos.*

César César, Julio Luis.  
Julio César Luis Morales Lazzo Martínez Figueroa  
Guzmán Sierra.

*Cuelga la llamada. Mira su botella vacía, sonrío. Está en una sensación poscatarsis. Enciende un cigarrillo, lo disfruta, lo saborea como si hace mucho tiempo no tuviera un momento como este.*

Uno no decide qué hacer con sus muertos;  
son los muertos los que deciden qué hacer con uno.

*Vemos sobre la urna un talle metálico con la imagen romana del busto de Julio César. Oscuro.*



# DECLARACIÓN

# Carlos García Ruiz

(Ponferrada, España). Escritor, docente investigador, teatrero y gestor cultural. Candidato a Doctor, UNIR; Magíster en Gestión Cultural, y Licenciado en CC.II, UCM. Estudió Dramaturgia en la Escuela de Letras de Madrid y en el Aula de Teatro de la UAH, y Dirección en la EICTV, Cuba. Profesionalmente ha escrito, dirigido o actuado en gran cantidad de obras propias y de otros autores en circuitos nacionales e internacionales. Ha publicado en varias editoriales como Primer Acto, Teatro Cítrico, AAT, Art Teatral, El Bosque, La Discreta, Oveja Negra y diversas revistas. Actualmente es Director del Programa de Arte Dramático en la Universidad El Bosque, Colombia.

[www.carlosgr.info](http://www.carlosgr.info)





Bien, ¿ya puedo declarar?, porque me tienen aquí esperando desde hace casi cinco horas, que tenemos una vida que atender, que las cositas un poquito sí, pero mucho, mucho, ya no. Usted me entiende, bien, y ahora que ya estoy aquí, dígame: ¿por dónde quiere que empiece?, ¿por donde yo quiera o por donde es?, porque si empiezo por donde es, es más corto y más aburrido, pero si empiezo por donde yo quiero, es más

>

entretenido, pero más largo, dígame... ¿que por donde yo quiera?, vale, muy bien, el caso es que yo, bendito de mí, estaba ayer en mi casa un tanto, digamos que un tanto casquivano y atolondrado con todo esto que nos está pasando, que fíjese usted que parece una guerra, yo nunca había vivido algo como esto, y mira que he vivido cositas, se lo digo de verdad: menudo lío con todo esto del virus y la madre que lo parió, que los chinos podían comer lentejas como todo hijo de vecino y no murciélagos con cagarrutas en las alas, que yo estoy esperando la vacuna esa como agüita de mayo, que si es necesario me la pongo tres veces hasta que yo note que me salen burbujas por las venas, qué mundo, ¿eh?, yo es que cada vez que lo pienso, no quiero creerlo, y aunque sé que debo creerlo, no quiero creerlo porque es increíble, y esa es la realidad más real posible, ¿por qué?, porque es increíble, por eso mismo... ¿qué? sí, sí, que sí, que a eso voy, es que era necesario decir esto para entrar en calor, paciencia, no se me solivianta señor fiscal, no se me solivianta que hay cosas peores en la vida como pillar una enfermedad venérea en Bangladesh de un transexual asmático con el que tuviste un desliz en un hotel de cinco dólares, y estas cosas suceden, de verdad, pregúntele a mi compadre “la lenguarapa”, que le salieron unas ampollas muy feas en los labios cuando viajó a Cochabamba, vaya usted a saber que se metió en la boca esa pobre niña, aunque de niña nada, que ya peina canas la perra esa, y que el sol pasó por su puerta hace tiempo; voy, voy al tema, ya voy al tema, ya voy al teeeeeema, relájese señor fiscal que luego le duele aquel huesito que está donde la espalda pierde su nombre: el que está encima del culillo, ese, ya sabe, y eso solo se cura de aquella forma con lubricante que no puedo contar aquí porque no quiero liar

más la madeja; sí, sí, yo le entiendo: el tiempo, el tiempo, pues al tema, al tema, espere que recuerdo... recuerdo un poco más... ¡ya!, ya lo tengo: era una noche sombría y lluviosa, sonaban truenos por doquier, los relámpagos y los truenos acompañaban el ambiente, el perro de los Baskerville andaba suelto por el pueblo y sediento de sangre, los aldeanos corrían con antorchas y hoces afiladas hacia la mansión Frankenstein, cuando, en ese momento, desde el fondo del cementerio empezaron a surgir... ¿qué? sí, tiene razón, todo lo que he dicho antes es mentira, estaba ambientando la situación al estilo romántico, en realidad hacía mucho calor y todo el pueblo llevaba camisetas viejas y sudadas con sombreros y gorras de colores sucios, esa es la realidad, pero usted señor fiscal, que es muy listo y está estudiado, ya sabe cómo son estas cosas: cada uno habla de la feria como le fue en ella, o en mi caso: como quiere que le vaya, que también podemos soñar un poquito porque la realidad como tal huele a cloaca y a tufo de roña pegurriada durante años por los bordes de un retrete en Etiopía; y en este momento llega el momento clave de todos los momentos posibles, sean o no momentáneos, junto a la pregunta que lo reduce todo a una simple cuestión personal: ¿quién tuvo un orgasmo ayer?, yo sí, no sé si usted lo tuvo, señor fiscal, pero eso aclararía mucho el panorama, ¿y por qué digo esto aquí y en estas circunstancias?, porque, mire usted, a la hora en que sucedió todo, la mayor parte del pueblo estaba en la cama sudando y orgasmando, y los que no lo hacían, lo pensaban y seguro que se tocaban; le digo esto porque yo tengo mucho kilometraje en el cuerpo y sé por dónde está la salsita de la historia, porque no hablo de la noche cuando todos los gatos son pardos, no, no, no... cuando más condones se usa es a la hora

de la siesta, y está demostrado señor fiscal, pregúntele a cualquier meretriz y le dirá que entre las dos y las seis de la tarde tienen que hacer florituras para mantener el chichi fresquito, hágame caso y apunte esto, apúntelo ahí en esa libretita que tiene, de sobra me sé lo que le cuento y no me haga hablar, no me haga hablar... no me haga hablar más de la cuenta que no me controlo y luego aparecen esos que quieren llevarme a dar un paseo por el bosque de noche, y no es para chupetearnos los agujeritos del cuerpo en la oscuridad cómplice, como dicen los poetas, se preguntará que por qué le cuento todo esto y por qué me lo sé tan bien de corrido como si dijera la tabla del cinco en el colegio, pues le diré la verdad: aunque no me crea ni borracho de mezcal en Guanajuato: soy invisible, pero eso solo lo sé yo, nadie más, nadie me ve cuando camino por las calles, nadie se fija en mí, solo se ríen y hacen chistes malos creyendo que tienen más pelos en los huevos que yo, y mientras ellos ríen, yo observo y les taladro con estos ojitos verdes que la virgen morena de la Encina me dio, amén, y le digo algo, señor fiscal: si yo a usted le miro, le veo hasta las ideas que todavía no se le han ocurrido en tres vidas que viva, pero no se preocupe porque sus posibles ideas me importan menos que las ladillas que me quitaron en 1993; el caso es que, señor fiscal, esos tiparracos que huelen mal y nunca se lavan los dientes, llegaron con su pistolas a la horita de la siesta cuando menos se les esperaba y cuando la gente mantiene la baba asomando entre los labios a media siesta, y qué quiere que le diga: que si tú y tú, que si este y aquel, que si patatín y patatán, que si pim, pam, pum, catapum... se organizó un fregado de aquí te espero maricastaña, mucha tensión, muchas miradas, mucho sudor, mucho y todo de lo malo y nada de lo bueno y rico, y no sigo ni repito más

porque se me secan las ideas y la lengua, que si se me secan las ideas no me importa quedar idiota de por vida, pero la lengua... de eso nada monada, que me quedo sin trabajo y sin la alegría pa'l cuerpo, ¿que después qué pasó? pregunta tonta, ya sabemos lo que pasa luego, lo de siempre, lo de ayer y lo de mañana, lo que todos saben cómo acaba y lo que nos toca aguantar con la paciencia del santo Job, que digo yo que si el pobrecito santo Job tuviese que aguantar lo que aguantamos en este país, yo no sé si sería tan paciente y tan santito; después el ritual de lo habitual, ya sabe señor fiscal, se fueron como llegaron, y si te he visto, no me acuerdo, y me voy con el pie izquierdo, nada dejaron atrás que no sepamos de sobra para un calentao', muerticos, eso sí que dejaron cuando se fueron por donde vinieron, pisando sembrados y robando gallinas, y no quiero hablar más que se me sube la bilirrubina cuando recuerdo, yo me salvé porque nadie me mira, ya le dije, me río y se ríen, ese debe ser el truco: ser al que todos miran desde arriba y quieren tener debajo, soy un superviviente, o sobreviviente, o damnificado, o afectado, o... no sé... ¿víctima? ¿dice víctima, señor fiscal? que palabra tan fea, fea como la señora Eulogia, "la torca", que nunca se cambió de falda, no quiero ser una víctima porque no sé qué es eso, señor fiscal, no conozco a ninguna víctima que quiera serlo, yo tampoco, llámeme de otra forma, por favor, hágame ese favorcito antes de que me vaya de aquí por siempre jamás Barrabás, porque acabo esta declaración y chao pescao' a todo este poblacho de mal vivir y peor gozar; no le digo más, señor fiscal, porque me aturullo y pierdo este glamur que la trompa de falopio de mi mamá me dio; esta es mi realidad, y no sé contarla de otra forma porque ya no sería yo, y no quiero ser otro, si le vale bien, y si no... ¡también!





AMOR DE PELUCHE

---

# Javier Riveros Diago

Actor, docente, dramaturgo, guionista y cinéfilo bogotano. Magíster en Estudios avanzados de teatro, Universidad de La Rioja, España y egresado de la Academia Superior de Artes de Bogotá (ASAB). Hace parte de tres grupos de teatro: Teatro Petra, Compañía Rueda Roja y Colectivo Teatral La troupe. Desde muy temprana edad mostró interés por el teatro y el cine, dos lenguajes que despertaron su pasión definitiva por la escena, la comedia, el *clown* y la imagen. Actualmente es docente de actuación en la Universidad El Bosque y la Escuela de Artes y Letras.





Escena única.

Hombre de 35 años.

*Al abrirse el telón, vemos un espacio adecuado para descuartizar osos de peluche. Un hombre está en escena despedazando, con sevicia, un oso de peluche color azul y de gran tamaño. Al terminar de despedazarlo, lo empaca en una caja negra sobre la cual escribe, con tiza, las letras N. N. Toma aliento, destapa un vino tinto, se sienta y bebe unos cuántos tragos mientras mira al público.*

>

En casi todas las historias de amor suele haber un amante.

72/  
73

*Señala la caja negra.*

Hice caso a mi psiquiatra y me encuentro en un estado único de purificación. ¡Sangre por sangre y la venganza resultará plácida a pesar de la ceguera!

*Arroja el corcho de la botella de vino hacia la caja negra.*

¡Silencio!

*Pausa.*

La flecha de cupido nos atraviesa el cerebro haciendo que nuestro arsenal químico explote, de manera que el cuerpo comienza a responder estúpidamente. Es cierto que establecemos nuevos enlaces neuronales, pero, ¡a la mierda con las neuronas cuando el corazón duele! Si fuera tan fácil apagar el fuego, seguramente no temeríamos quemarnos constantemente.

*El hombre arroja la botella y sale de escena. Al instante, entra arrastrando uno oso de peluche grande y de color rojo que va dejando una estela de flores.*

Por mi parte, confíe ciegamente cuando cupido se apareció de repente. Su fuego extranjero parecía prometer grandes cosas y me dejé llevar como... el río al océano... o como la mantequilla al pan caliente y tostado. ¡Amo el pan tostado... no soy racista!

*Breve pausa.*

Me derretí por completo cuando la conocí por primera vez. ¡Se las presento!

*Coge en brazos al oso de peluche rojo y le pega una foto del rostro de su expareja.*

Ella siempre lucía prendas rojas para afectar mis sentidos. Su olor era como de calambre y su voz impregnaba de suavidad mis oídos.

*Juega al ventrilocuo con el oso de peluche.*

— ¡Te amo tanto que hasta bajaría la luna por ti!

— ¿De veras?

— ¡Sí!, sería una Selenita que empujaría la luna hasta que entrara por tu boca y anidara en tu corazón.

*Deja de lado el peluche.*

Ella creía que la luna era de queso, ¡pero de ese queso rancio que huele a país y que por más lágrimas que se derramen, no se quita el hedor!

*Empieza a torturar el oso de peluche rojo. A medida que lo despedaza, se escuchan sonidos de risa y frases de cajón que hablan sobre el amor.*

Junto a ella todo era exquisito. Dejé de lado las cadenas que me ataban a la tristeza y comencé a leerla de pies a cabeza. ¡Sus páginas de piel estaban atiborradas de

encanto! Mi vida y mis hábitos comenzaron a cambiar por completo. Empecé a escuchar música instrumental y rock. En mi forma de vestir, la irreverencia era la protagonista, eso sí, ¡nunca me pondría una capucha salvo si me pagaran por hacerlo! Mis ojos cambiaron de color y las horas de sueño disminuyeron. ¡Todo iba de maravilla! Dios empezó a hablarme a través de las ondas Delta y *Theta* y solía decirme que el amor no es hacer lo que a uno le venga en gana, sino hacer algo por el bienestar de esa persona que deseamos y amamos. Digo que era Dios porque lo leí en un libro de Andrés Corson. ¡Le hice caso! Ella se convirtió en la prioridad de mi existencia...de mí... ¡Definitivamente es cierto que el amor dura tres años durante los cuales experimentamos tres malditas etapas: la lujuria, el enamoramiento y la dichosa conexión! En la primera etapa, la testosterona y el estrógeno hacen de las suyas. Nuestro deseo se enfoca en consumir y poseer hasta más no poder. Vamos a centros comerciales, supermercados y hasta visitamos bancos para endeudarnos con tal de satisfacer ese maldito placer. ¡Las fantasías sexuales son cada vez más fuertes! ¡Siempre lo he querido hacer en un altar frente a un cristo bien bronceado!

*Acaricia algunos restos del oso de peluche rojo y luego los empaca en otra caja negra.*

Si no me hubieras defraudado... Diferentes lugares y posiciones alimentan esta primera etapa animal e instintiva que dura un año.

*Breve pausa.*

La libido supera todos los obstáculos y barreras de la razón. El color rojo se convirtió en mi color favorito.

*Pausa.*

En la segunda etapa, uno comienza a darse cuenta que no todo es cuestión de testosterona. Es necesario conocer el lenguaje del amor de la pareja. ¡Ahí fue cuando me di cuenta que a ella no le gustaba el reguetón y que odiaba a los cerdos! ¡Detestaba el olor de las tiendas de ropa y el barullo de la estupidez comercial! Comprendí que ella no hablaba la lengua de las redes sociales y que veía la felicidad a través de un caleidoscopio. Como buen enamorado, comencé a entender su lenguaje del amor, intenté llenar su tanque emocional... pero parecía siempre insatisfecha. ¡Maldito pensamiento mágico!

*El hombre escribe con tiza las letras N. N. sobre la caja negra en la que guardó los restos del peluche rojo.*

Luego de un tiempo, por más que me acercaba a ella, yo sentía que la distancia era cada vez mayor entre los dos. Creía que esta segunda etapa, que me duró otro año, iba a servir para continuar segregando dopamina y norepinefrina. ¡La recompensa siempre la esperaba!

*Breve pausa.*

¿De qué sirve la recompensa cuando uno rema en círculos? Eso era lo que precisamente estaba haciendo.

*El hombre comienza a descuartizar.*

La tercera y última etapa, que igualmente me duró otro año, fue la definitiva. Los hombres poseemos menos vasopresina y oxitocina que las mujeres, por tal motivo creí que la ausencia de estas sustancias iba a jugar en mi contra, ¡pero por culpa mía y no por la de ella!

*Pausa.*

¿Cuándo se ha visto que el maldito azul se mezcle con el rojo? Sé que da un color violeta pero de varios años para acá no suelen mezclarse. Estos dos colores siempre se han repudiado. ¡Sus ojos de odio, respectivamente, han dejado ríos de sangre! Para mí era inimaginable que ella

*Señala con la mano que le queda, la caja negra donde guardó los restos del peluche rojo.*

pudiera sentir cosas por este bastardo.

*Señala la otra caja negra donde guardó los restos del oso de peluche azul.*

¡Los encontré en el parque de los novios, intercambiando fluidos!

*Breve pausa.*

¡Estaban en una balsa que parecía flotar sobre el fuego! Todo lo que había construido en mi mente y en mi corazón, se derrumbó. ¡Sentí como si rasgaran mi corazón y lo arrojaran a una fosa común!

*Pausa.*

Actué meses después. Llamé a las autoridades del cortisol y me dejé llevar hasta este punto. Sé que mis manos, que ya no tengo, están untadas de sangre, pero le hice caso a mi psiquiatra y con eso basta. ¡La única solución para el desamor es la desaparición forzada! ¡Para mí no resulta ser un crimen cuando el desasosiego y la impotencia claman por una solución!

*En escena vemos que queda únicamente la boca del hombre. Se escucha que llaman a la puerta.*

Ya es un poco tarde.

*Nuevamente se escucha que llaman a la puerta de manera más insistente.*

*Voz en off femenina: Vengo a recoger mis cosas. Tú puedes quedarte con lo que acordamos, no te preocupes.*

*Telón.*





# TRAS LA VENTANA

# J. Fernando Ospina Sánchez

Actor, director, dramaturgo y docente universitario bogotano; maestro en Arte Dramático, Escuela Nacional de Arte Dramático. Integrante de la Fundación Teatro Quimera, en la que ha participado como actor en más de treinta obras y como director de más de diez, algunas de su propia autoría. Docente de Arte Dramático, Universidad El Bosque, y de Artes Escénicas, Academia Superior de Artes de Bogotá (ASAB).

Autor de obras como “De Ausencias...” “Errantes”, “Fariche” y “En el umbral”, y de adaptaciones a teatro a partir de cuentos de autores latinoamericanos como Cortázar, Uslar Pietri y García Márquez. Su obra “El conuco del tío conejo” obtuvo mención honorífica en literatura para niños, en el Primer Concurso Nacional de Literatura, Colcultura (1992).





*Afuera, un grito desgarrador. A la carrera, entra Pedro y mira por la ventana.*

No se ve nada, fue como de ese lado, pero por allá tampoco hay nada... Nadie mira a ninguna parte y fue un grito tan fuerte... No, no pude haberlo imaginado, era como si estuvieran apuñaleando o violando a alguien... Voy a salir a mirar... Pero no, me podrían confundir con el agresor. ¿El agresor de qué? Bueno,

>

supongamos que fue un asesinato, pasa todo el tiempo, por eso preferiría vivir en el barrio del otro lado, son apenas dos calles de distancia y allá sí es calmado, la gente anda tranquila... Ah no, porque allá fue ese atraco con todo y muerto en el almacén hace apenas una semana. Pero al menos no es tan seguido como aquí. Lo malo es el estrato, por eso allá todo es más caro y si aquí apenas me alcanza para pagar... Ay carajo, ojalá el viejo del apartamento no se entere que estoy aquí o va a venir a cobrar y yo que no tengo ni para...

Pero, ¿qué habrá pasado, por qué ese grito? Es que acá uno anda rodeado de peligros, es increíble, como le pasó a Marina... Bueno, creo que debe llamarse Marina, tiene cara de Marina, la monita del edificio del frente, la de los pantalones escurridos, pobrecita, hace como dos meses movió una bolsa que estaba tirada en el suelo y salió rodando una mano, a la que además le faltaba un dedo. Claro, todos llegaron a la conclusión que fue por robarle el anillo... ¿Pero entonces para qué le quitaban la mano si ya le habían quitado el dedo? ¿O sería al revés, que primero le quitaron la mano y después el dedo...? ¿Sería que no se dieron cuenta que tenía el anillo o sería que le quitaron la mano para robarle el reloj y luego...? ¡Ay, allá viene alguien corriendo! ¿Será que sabe algo del asesinato? Ah no, es solo el profesor que hace ejercicio cada tercer día.

Me va a tocar ir a averiguar qué fue ese grito... parecía que estuvieran ahorcando un gato.

¿Pero por qué no llega la policía?, ¿o será que piensan que es una trampa y si llegan, los vuelan? Como a la patrulla del ejército que apenas salía de la ciudad hace unos días. Dicen que fueron a atender una alerta y los volaron en plena carretera.

Ahora no se oye nada, no hay ruido, ni música, ni nada... esto está muy raro, por aquí siempre hay mucho ruido, no es como en el otro barrio. ¿Qué estará pasando?, es aterrador, ¡cómo si hubiera estallado una bomba al lado nuestro y estuviéramos sordos!... ¿Sería eso?, ¿será que no escucho porque la explosión me dejó sordo o que todavía está sonando y yo no la puedo oír? Como cuando hay tanta luz que nos impide ver. Pero entonces puede ser que la explosión me haya matado y no me he dado cuenta. Porque así tiene que ser, que uno se muere y es el último en enterarse, ¡qué miedo!

¿Ahora qué fue eso? Creí oír algo. ¿O será que además de muerto me estoy volviendo loco? ¿Si sonó algo? Puede ser que estoy recuperando el oído. ¿Cómo puedo comprobar...? Ah, ya sé, dejo caer el pocillo a ver qué pasa.

¡Sí, lo oí! Carajo, pero se quebró y todo quedó salpicado... Y me lo había regalado la Tía Carmenza, que es bien tacaña y nunca me había regalado nada y eso que es mi madrina...

Pero sigo sin saber qué pasó. Va a tocar ir a mirar... Ay, no. No puedo salir, se me olvidaba que me toca pasar por donde el viejo y seguro me pilla. ¡Qué desgracia, ya se me cumplió el tercer mes!, y eso que me tuvo consideración porque es del mismo pueblo que mi mamá. ¿Cómo hago para averiguar qué pasó? Eso. Salgo en puntas de pies, con los zapatos en las manos para no hacer...

¡Uy! Salió y con los pantalones escurridos como siempre. ¿Será que va a ver qué fue ese grito? Pero nadie más ha salido. Creo que de tanta cosa que nos pasa nos estamos volviendo insensibles. ¿Pero a qué voy a ir allá?, ¿solo para enterarme? Porque no es mucho lo que yo pueda hacer, no puedo ayudar, ni nada, escasamente hice un

cursito de primeros auxilios cuando estaba en bachillerato y ya ni me acuerdo, ¿Y qué tal si alguien quedó herido y con el miedo que le tengo a la sangre...? Bueno, al menos podría enterarme, como cuando lo del carro que se estrelló al pie de la panadería y casi atropella a la señora del puestico de dulces, pero como el chofer estaba tan borracho, ni se dio cuenta y él lo que quería era comprar una cerveza..., ¡qué tarado! Ah, pero esa vez no salió la monita. ¿Será que ya se enteró de qué fue lo que pasó? Podría ir a preguntarle, así por fin tendría la excusa para hablar con ella y preguntarle cómo se llama, aunque creo que sí es Marina, como la de los muñequitos animados, y hasta podría cantarle: “Marina, agua mariiiiina, eres una sirena con el hechizo del mar”. Y ahí sí que la voy a dejar lela... ¿Y si no se llama Marina...? Me tocaría inventarme una canción, a menos que fuera un nombre fácil, como María.

¡Qué cosa tan fea! Toca limpiar y ojalá no vaya a quedar manchado el piso, porque ese viejo es capaz de sacármelo del pellejo junto con lo de los arriendos... y ni para el arriendo tengo. ¿Y a la Tía Carmenza, qué le voy a decir si me pregunta por el pocillo?

Ahora la que pasa es la vieja de la tienda, esa grandota y chismosa. ¿Y por qué no va a ver que pasó con la violación? ¿Será que se está volviendo sorda y no oyó el grito?, porque, de otra forma, no se entiende que no vaya para allá. ¿O será que va tarde para una cita? Yo creo que tiene su enredo, no sé por qué, pero esa vieja me da mala espina.

¡No, no puede ser! Esto es lo peor, nunca pensé que... pero si... ¿Ahora qué voy a hacer? Ya no voy a poder... pero si ese tipo es un vagabundo, un vicioso. Si un día me sentí

casi atracado fue cuando me pidió plata, dijo que, para una urgencia, y yo que apenas tenía para... y por miedo terminé dándole unos billetes. ¿Pero es que ella no se da cuenta? Y como lo besa... como se besan, con qué descaro y ella... Pero claro ella no sabe que yo... Como nunca he podido hablarle, decirle que siempre la veo desde aquí, con su cabello suelto y sus pantalones escurridos... y ese tipo es un degenerado, un vago... Ya está, voy allá y le voy a decir de una vez por todas que justo...

*En la prisa, tropieza y cae con gran estrépito. Luego de unos segundos golpean en la puerta y se oye:*

Señor Pedro, ya sé que está ahí. Me paga lo del arriendo o voy por la policía.

ENTRE LETRAS - n.º 8 /  
SEIS BOCADOS DE REALIDAD -MONÓLOGOS-

ISBN: 978-958-739-246-3 (Impreso)

ISBN: 978-958-739-247-0 (Digital)

DIRECCIÓN EDITORIAL /

Ana María Orjuela-Acosta

DIRECCIÓN GRÁFICA Y DISEÑO /

Miller Alejandro Gallego Cataño

CORRECCIÓN DE ESTILO /

Editorial Universidad El Bosque

PRÓLOGO /

Rodrigo Rodríguez

TEXTOS /

Liliana Montaña Domínguez

Nilson Fernández Galindo

César Luis Morales Figueroa

Carlos García Ruiz

Javier Riveros Diago

J. Fernando Ospina Sánchez

ILUSTRACIONES /

Pilar Berrio

IMPRESIÓN /

Image Printing

Bogotá, D. C., Colombia

Diciembre de 2021

Editorial Universidad El Bosque /

Universidad El Bosque /

Universidad El Bosque © 2021. La Universidad El Bosque se reserva todos los derechos sobre esta publicación. Cualquier tipo de reproducción requerirá autorización expresa. Publicación sin valor comercial. Los derechos sobre las obras individualmente consideradas que se incluyen en esta publicación pertenecen a los autores correspondientes.



*Entre Letras* es una publicación semestral de la Editorial Universidad El Bosque que busca poner al alcance de la comunidad universitaria ensayos, cuentos, poesías y crónicas de autores nacionales y universales reconocidos por su calidad literaria. *Entre letras* tiene como propósito fomentar el gusto por la literatura en la Universidad, se publica en formato de cuadernillo con ilustraciones, y es de distribución interna y gratuita.

Prohibida su venta.

[ E N T R A S E ]  
LETRAS

Seis bocados de realidad -Monólogos-  
fue editado y publicado por la Editorial Universidad El Bosque.  
Diciembre de 2021,  
Bogotá, D. C., Colombia



[ E N T R A S E ]  
LETRAS



UNIVERSIDAD  
**EL BOSQUE**

—  
Editorial